

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

Año VI—Tomo VI | San Salvador, Domingo 5 de Diciembre de 1886. | Serie XXIII—N. 271

A LA INMACULADA CONCEPCION Y ORIGINAL PUREZA DE MARIA SANTISIMA, VIRGEN Y MADRE DE DIOS,

Y

A la veneranda memoria de S. S. Pío IX,
PONTIFICE MÁXIMO E INFALIBLE VICARIO DE CRISTO,

QUE, ACCEDIENDO Á LA SOLICITUD DE LOS OBISPOS Y FIELES DEL ORBE CATÓLICO
LA DECLARÓ Y SANCIONÓ COMO DOGMA DE FÉ

El 8 de Diciembre de 1854,

consagran el presente número de "El Católico," en humilde testimonio de su amor filial á la
Reina del Cieloy de su fé absoluta al magisterio infalible de la Sede Apostólica, piedra
fundamental de la Iglesia de Jesucristo,

La Sociedad Fundadora de "El Católico."

La Redacción de "El Católico."

La Agencia General de "El Católico."

La fiesta de la Inmaculada Concepción.

El misterio de la Inmaculada Concepción de María Santísima es la perla mas preciosa de la fé católica, y el escudo mas fuerte de la Iglesia en sus luchas continuas contra las puertas del infierno.

Es la perla mas preciosa de la fé, porque cede todo en gloria de Jusucristo, Dios y hombre verdadero, que, al hacerse hombre, santificó su tabernáculo en la tierra, santificando desde el primer instante de su ser, á la que había destinado eternamente para ser su Madre.

Es el escudo mas fuerte de la Iglesia en sus luchas contra el infierno, pues este dogma representa á la que es el *Auxilio de los cristianos*, quebrantando la cabeza por su Concepción Inmaculada, al antiguo opresor y enemigo del genero humano.

Después que el hombre se hizo por su pecado enemigo de Dios, y cuando había ya perdido toda espe-

ranza de entrar en la herencia celestial, una sola palabra pronunciada por los labios augustos del Criador vino á consolar á nuestros primeros padres, y esa promesa de la redención brilló como un astro de esplendente luz en el caos oscuro del pecado. "Una mujer, dijo Dios á la serpiente, quebrantará tu cabeza, y tu pondrás asechanzas á su carcañal."

Esa promesa se ha realizado ya, esa mujer prometida á las generaciones humanas ha venido ya al mundo, ha quebrantado la cabeza del enemigo, y ha burlado las infernales asechanzas, que de siglo en siglo, y de espacio en espacio, el infierno ha opuesto al paso victorioso de la Iglesia Católica, espiritual descendencia de la Virgen Inmaculada.

El próximo Miércoles la Iglesia celebrará el glorioso recuerdo de la venida al mundo de esa Virgen celestial, y saludará gozoso el instante en que, toda pura, toda santa, toda hermosa, fué concebida en el tiempo, la que eternamente estaba predestinada para Madre del Verbo Encarnado.

El Orbe entero se estremecerá de gozo en ese día, saludará lleno de entusiasmo ese feliz momento, y unidos todos los corazones creyentes entonarán un himno de gloria y de alegría, que resonará en todos los puntos de la tierra.

La Iglesia saluda á María en el primer instante de su ser como los habitantes de Betulia saludaron á su salvadora Judit:—*Tú, gloria de Jerusalén; tú, alegría de de Israel; tú, honor de nuestro pueblo.* O como la saludó el Arcángel:—*Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor está contigo; bendita eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.*

Si la gran festividad de la Inmaculada Concepción debe celebrarse siempre con la mayor posible solemnidad, este deber es mas imperioso en los tiempos presentes, en los que la lepra del indiferentismo, del racionalismo, del masonismo corróen las sociedades modernas, amenazándolas con próxima y funesta muerte. En los grandes peligros, propio es acudir en busca de protección á la que todo lo puede, á la Inmaculada Virgen María.

¿Cómo pues no entusiasmarse y enchirse el corazón de confianza en tan solemne fiesta? Esa es la ocasión de invocar el maternal auxilio de María; y Ella se dignará escucharnos, mirarnos con compasión, alcanzarnos de su Hijo divino el remedio necesario á tantos males que afligen á la Iglesia, devolviéndole la prosperidad que solo puede obtenerse con su protección sagrada.

María Inmaculada, que siempre ha quebrantado con su pie virginal la cabeza del mortal enemigo, la quebrantarà una vez mas, demostrando, como siempre que, sin Dios y sin su gracia, no hay triunfo, ni paz, ni felicidad verdadera.

María Bella, como la Aurora;

HERMOSA, COMO LA LUNA; ESCOGIDA COMO EL SOL.

Quasi Aurora consurgens; pulchra, ut Luna; electa, ut Sol?

(CANT. VI, 9.)

María es Aurora en la Sinagoga; Luna, en su vida mortal; y Sol, en la Iglesia.

En la Sinagoga y en los tiempos de la ley natural y escrita, María Santísima va rasgando poco á poco las tinieblas, y mostrando á los que están sentados en sombras de muerte la claridad del próximo día. El arca de Noé, la zarza ardiendo y el templo de Salomón la representan; la florida vara de Aarón, el vaso de oro que contiene el maná, y la nube de Elías, que fecundiza toda la tierra, la simbolizan con admirable propiedad; la hermosa Esther, la casta Judith y la valerosa Débora ponen en acción su providencial destino de libertar al pueblo de Dios. Entonces María es Aurora, que va paulatinamente alzando los velos de la noche y descubriendo á los hombres el venturoso día de la redención y de la gracia.

En su vida mortal se muestra siempre perfecta, llena de luz y de gracia, recibiendo en sí la plenitud de los rayos del Sol de la Divinidad, y reflejando en rededor esa luz tranquila, suave, amorosa, de una vida sencilla y sublime, oscura y esplendorosa, delicada y pura, y, á la par, heroica y perfectísima. Entonces María Santísima es Luna llena, que alegra la noche del mundo y derrama por todas partes benéficos influjos de virtud.

En la Iglesia, sublimada ya en gloria, sentada en su trono de poder, y vestida de los rayos de la Divinidad, á quien vive íntimamente unida, María es ya el Sol que derrama á torrentes sus luces y sus influen-

cias con esa triple virtud del astro del día, que es luz, calor y fecundidad. María es Sol de sabiduría, que ilumina á la Iglesia, desterrando á todas las herejías con las luces de su ciencia; es Sol de gracia, que enardece los corazones en la práctica de la moral mas pura, infundiendo en ellos sus virtudes; es Sol de fecundo poder, extendiendo por todas partes la victoriosa fuerza y la fecundidad inagotable de la Iglesia.

María es Aurora en su Concepción; Luna, en la Encarnación del Verbo; y Sol, en la Natividad del Hijo de Dios.

En la Concepción es Aurora; pero, como dice la Escritura, *Aurora consurgens*, "Aurora que se levanta," porque está exenta de la culpa original. Todos nosotros, al ser concebidos, somos "aurora que cae," por la culpa de origen que contraemos. ¡Qué bella y sonrosada, qué llena de frescura y de encanto, qué rica de las perlas del rocío, que son las gracias, y de los rayos matutinos, que son los dones de Dios, es la purísima Concepción de María! Esta Aurora alegra y regocija las flores de la tierra, próximas á abrirse, y á los pájaros del cielo que celebran con cánticos su venida, porque la Concepción de María llena de júbilo á la tierra y al cielo, á los Angeles y á los hombres.

En la Encarnación del Verbo, María es Luna, en cuyo plateado y purísimo disco embiste de lleno el Sol eterno, hermoseándola y vistiéndola con la plenitud de su luz. ¡Qué graciosa y admirable es esta criatura recibiendo en sí al Creador! Todas las generaciones la llamarán bienaventurada, porque todas todas admirarán sus prerogativas y sentirán sus maternales influencias.

En la Natividad del Hijo de Dios, María es Sol, y el rayo que emite de su seno es la *luz eterna que ilumina á todo hombre*, acabándose para siempre la noche de la ley escrita, en que, solo entre sombras, se descubrían destellos y vislumbres de luz, y empezando desde aquella hora el día de gracia, día clarísimo y sin sombras, en que toda la luz de la sabiduría, de la santidad y del poder de Dios alumbró, calienta y fecundiza al mundo.

María es Aurora en carne mortal; Luna, en su Asunción; y Sol, en el cielo.

Viviendo en la tierra, es Aurora, porque toda su hermosura está velada por sombras de tribulaciones y trabajos, por su propia humildad y modestia, y solo deja clarear el interior resplandor á los ojos de los que la aman y siguen.

En la Asunción, vestida ya de carne inmortal y reclinada en su Esposo, es Luna que sube toda llena de luz, y fija en la plenitud de su hermosura, que ha ido siempre creciendo y que entonces refleja de lleno al Sol divino.

En el cielo, con la visión beatífica, colocada en el trono de la eternidad, coronada por el mismo Dios por Reina de cielos y tierra, se transforma de Luna en Sol, Sol que resplandece y fulgura con esplendor fijo, indeficiente y perfecto, que es realmente la misma luz de la Divinidad, que toda la hermosa y endiosa.

¡Oh María! bella eres como la Aurora, hermosa como la Luna, escogida como el Sol!

F. S. y S.

A María Concebida SIN PECADO ORIGINAL.

Salve, virgen casta y pura,
Flor cándida inmaculada,
Por el Señor destinada
A ser Reina celestial;

A ti el coro de Querubines
Canta en dulce melodía:
Concebida eres María
Sin pecado original.

Ave de gracia divina,
Cuya soberana fruta
Dejó opresa la garganta
De la serpiente infernal;

Siendo en el estéril seno
De la más feliz anciana
Libre de la culpa insana,
Sin pecado original.

Tu concepción misteriosa
Reparó con su pureza,
De la mísera flaqueza
La mancha trascendental;

Por esto el cielo y la tierra
Te dicen flor escogida,
Sin mancilla concebida,
Sin pecado original.

Convirtiendo el Eva en Ave,
Libertad tragiste al suelo.
Rasgando el oscuro velo
De las tinieblas del mal;

De Adán los hijos repiten
Libertad, con alegría;
Eres bendita, María,
Sin pecado original.

Ave que en vuelo te elevas
A la dignidad mas alta,
Tu gloria mayor resalta
Dando el fruto virginal;

Para mostrar este fruto
Que el cielo y la tierra adora,
Fuiste tu la precursora,
Sin pecado original.

Cuando Ave de gracia plena
Dijo el Nuncio del Eterno,
Tembló opresa en el averno
La potestad infernal;

Ave Stela del Paraíso,
Cantó el Angel,
Ave, Madre, virgen pura,
Sin pecado original.

“El Argentino.”

Imágenes de la Inmaculada Concepción.

La imagen de la Virgen Santísima ha formado en todos tiempos el objeto preferente de las Bellas Artes cristianas.

Véla en las Catacumbas de Roma ya desde fines del primer siglo, sosteniendo desde su rodilla izquierda al Niño que adoran los Reyes Magos. Esta escena, que no raras veces presentan los primeros monumentos del cristianismo, tenía por objeto manifestar la vocación de los gentiles al Evangelio, dogma consolador y característico de la predicación apostólica.

Con mayor frecuencia las Catacumbas figuran á la Virgen sola, suelto el cabello y revestida con la dal-

mática. los brazos extendidos en forma de cruz y las manos vueltas al cielo en ademán suplicante, correspondiendo así á la idea de abogar é interceder en favor de los hombres, que á Jesucristo, sacerdote eterno según la orden de Melquisedech, atribuye San Pablo en su epístola á los Hebreos.

Estas imágenes, auténticas é incontrovertibles ante el tribunal de la crítica, demuestran la tradición apostólica en que se apoya el dogma católico. Así es que muchos protestantes, en vista de tan perentorias pruebas, han admitido de nuevo en sus templos y domicilios las imágenes de Jesús, de la Virgen y de los Santos, que en mala hora proscribió un celo fanático y corruptor de la Biblia sagrada.

En los cuatro primeros siglos del cristianismo, las imágenes de la Virgen se distinguen por su belleza y magestad, y por un toque de inspiración á que jamás llegó el pincel ni el cincel del arte pagano.

Casi nunca el rostro de María se ve sombreado por el velo propio de las nupcias, ó de la mujer casada. La undosa cabellera, partida en dos sobre la cabeza, ya descende flotante sobre las espaldas á la manera de las vírgenes nazarenas, ya se releva sobre la frente conforme al gusto greco-romano, para formar en seguida bucles y trenzas, pero dejando siempre en el ánimo del espectador la impresión del tipo de la doncella.

En los cuadros de la Epifanía ó de la Adoración de los Reyes, la Virgen, por cuyas venas corría la sangre de David y de Salomón, está sentada sobre silla pontifical; largas franjas de púrpura desde el cuello hasta los piés, surcan su blanca estola ó sobre-túnica, y hasta en el calzado ó sandalias se puede reconocer á una persona de elevada categoría.

Nuestro intento, al recordar las principales vicisitudes porque ha pasado la representación de la Virgen hasta la Edad moderna, es deslindar cual debe ser el tipo ideal del arte cristiano al figurarla en el misterio de la Concepción Inmaculada.

En la historia de las Bellas Artes del cristianismo, la definición dogmática del día 8 de Diciembre de 1854 formará época, no en otra manera que la declaración dogmática del Concilio de Efeso.

Por todas partes se alzan templos y obeliscos, se esculpen ó se pintan imágenes de la Inmaculada Concepción, á la que consagra la poesía sus mas preciosos cantares; mas por desgracia, la mayor parte de los artistas, careciendo de la instrucción oportuna que debiera suministrarles la Arqueología sagrada, y obrando menos por ciencia que por rutina, no dan á su trabajo el tono de la inspiración, ó, si lo dan, no siempre se armoniza con la verdad del misterio.

Imágenes hemos visto en que la Inmaculada, llevando al Niño Dios en la diestra, destácase sobre el monstruo infernal, cuya cabeza es aplastada, no por el pié de la Virgen, sino por la cruz que blande el Niño. Estas imágenes, queriendo expresar el triunfo de la Inmaculada en su raíz, es decir, en la cruz del Redentor, no satisfacen cumplidamente la admirada piedad de los fieles; los cuales, sin ignorar el dogma fundamental, saben muy bien que aquel triunfo es figurado en la sagrada Biblia por la acción del pié virginal, quebrantando la cabeza de la serpiente: *ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcans eas*. La imagen del Niño tampoco nos parece muy propia. La Virgen fué preservada de la culpa original en vista del sacrificio del Calvario, como dice la Bula dogmática; y de todos modos, el espectador amante del misterio prefiere concentrar su atención en la sola Virgen.

Bajo este último concepto, la representación suele inspirarse en dos perspectivas, cuya norma dan las Sagradas Escrituras. Dios maldiciendo la serpiente infernal, orgullosa con la prevaricación de nuestros

primeros padres, anunció, como es sabido, la futura Redención del linaje humano.

La Iglesia española, ya desde fines del siglo IV, aplicó esta profecía á nuestro misterio. Su mejor himnógrafo, el inmortal Prudencio, trazó entonces un cuadro que nos apresuramos á traducir para edificación de nuestros lectores:

“Pondré entre tí y la mujer
enemistades perpetuas,”
dijo Dios; y se ha cumplido
la profecía á la letra.

¿No ves? ante Virgen pura
yace la infernal culebra;
una planta femenil
le quebrantó la cabeza.

De Dios mereció ser Madre
la Virgen de estirpe regia;
y así de toda ponzoña
destruye la saña fiera.

Verde es el áspid, horribles
son las roscas que despliega;
mas sobre la verde grama
veneno escupe sin fuerza.

Desde luego se advierte en la exposición de este cuadro bellissimo, que la Virgen así representada *en ademán de quebrantar la cabeza de Satanás*, debe mostrar en todo su exterior la majestad y el brío de tamaño triunfo.

El Apolo de Belvedere, obra maestra del arte antiguo, gozándose en el momento de haber atravesado con su flecha de oro á la serpiente Pitón, no es mas que un pálido reflejo del continente marcial y mirada de rayo, que debe brotar del ojo de la Virgen. Esta mirada, en que puede brillar todo el ardor del alma de la Madre de Dios, se dirige naturalmente hácia el espectador ó hácia el cielo. En este último caso hablan por boca de la imagen la humildad ó la audacia; en aquel, la voz del ejemplo; en ambos un afecto de indescriptible ternura. Murillo ha sido el pintor que mejor se inspiró en ese modelo.

Otra representación, que se traba íntimamente con la que acabamos de ver, resulta del libro profético que escribió San Juan el Evangelista. En el Apocalipsis, capítulo XII, refiere San Juan que vio aparecer en el cielo á una maravillosa mujer, vestida con el cándido resplandor del sol, á cuyos pies se mecía la luna y cuyas sienas orlaba una corona de doce estrellas. Debajo de ella se erguía un dragón bermejo, cuyas siete cabezas ceñidas con la diadema imperial, tenían diez astas, y cuya cola descomunal hacía caer la tercera parte de los astros del firmamento. A la mujer fueron dadas alas de águila, para volar al desierto y ponerse en nuevo estado de resistir al dragón, que se tendía furibundo sobre la arena del mar.

El verdadero sentido de esta descripción se refiere á la lucha sostenida por el imperio pagano de Roma contra el Cristianismo naciente. Las siete cabezas son los collados de Roma, y las diez astas otros tantos Césares. Al frente de esta lucha, se presentan por un lado María, por otro el dragón imperial, con arreglo y en virtud de la profecía sobre dicha del Génesis. Aún dura esta lid de la victoriosa Virgen, y durará hasta el fin de los siglos.

No es, pues, extraño que San Agustín y San Bernardo explicasen aquella revelación apocalíptica, como alusiva al misterio de la Concepción Inmaculada. De aquí los símbolos de la *media luna* y las *doce estrellas*, que suelen campear en varias imágenes.

En las repúblicas de la América del Sur, guárdase todavía la costumbre de figurar á la Inmaculada Señora agitando sus *alas de águila* extendidas. Con dolor vemos, que este simbolismo en las modernas

imágenes poco á poco se va eliminando, por falta de instrucción ó de buen gusto.

En resolución, creemos que el bello ideal del misterio se debe cifrar en la expresión de juvenil y virginal hermosura, de fortaleza magnánima y de soberana magestad, que en el rostro de la Madre de Dios deben resplandecer, anunciando el acto mas pujante de sobrenatural heroísmo.

Poco importa que la Virgen esté con velo ó sin él, tendido ó recogido el cabello, si bien preferiríamos el tipo de las Catacumbas, ó el mas cercano de los tiempos apostólicos, que tanto vigor como gracia han sabido conservar Juan de Juanes y Bartolomé Murillo.

La corona real ó imperial no me parece tan adecuada como la divina de las doce estrellas.

El vestido blanco se debe conservar, como emblema de su sin igual pureza; el ceñidor ó faja, símbolo de dignidad, y el *limón* de virginidad no son necesarios; el manto azul es conveniente.

En lo que no podríamos transigir y lo que altamente reprobamos, es esa tendencia anticristiana, sensual y muelle de nuestro siglo, que consiste en anteponer á la belleza moral é intelectual, la belleza física.

FIDEL FITA.

Triunfo de María.

Alza el dragón antiguo la cabeza,
A ponerte asechanzas se adelanta;
Pero vano es su empeño, pues tu planta
De su servíz reprime la fiereza.

Antes lleno de gracia y gentileza,
Tu ser inmaculado se levanta,
Porque de Dios la diestra sacrosanta
Icólume conserva tu pureza.

Así quisolo el Ser de donde mana
Todo ser, el del Padre verdadero
Hijo, que en Tí tomó la carne humana:

Que al criarte, puso en tí todo su esmero,
Para hacerte su Madre soberana,
Pese á Nestorio, y pésele á Lutero.

De “*El Centinela Católico*.”

Anécdota

SOBRE EL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN.

Era el año de gracia de 1854.

Había llegado el momento deseado por millones de fieles.

Los ardientes votos, una y cien veces expuestos á la Santa Sede por innumerables pueblos, y muy particularmente por el español, para que se declarara dogma de fé la piadosa creencia que desde tiempo inmemorial se profesaba en todas las naciones católicas, y sobre todo en la formada por Santiago el Mayor sobre la Inmaculada Concepción de María, iban á realizarse.

El elocuente y profundo P. Ráulica, condiscípulo del inmortal Pío IX, estaba en Francia.

En la época á que nos referimos, vivía en París; y por las noches acostumbraba asistir á una tertulia, en la que concurrían personajes notables por su saber.

Algunos de los concurrentes no pertenecían á la Iglesia católica.

Los diarios de Inglaterra publicaban noticias las

mas ridículas y extravagantes sobre los trabajos y preparativos que se hacían en Roma para la Declaración de la Inmaculada Concepción.

Los periódicos antireligiosos de Francia reproducían y comentaban las necedades y absurdos publicados por la prensa anglicana.

Un día el P. Ventura de Ráulica oyó en la tertulia á un protestante, hablar muy airado contra lo que Roma estaba haciendo.

—Así no se ganan las voluntades, decía el heterodoxo, ni se nos facilita el camino para que no podamos unirnos á la Iglesia Romana.

El P. Ráulica con gravedad y mesura le replicó:

—No comprendo el motivo de esa prevención.

—¿Pues le parece á U. nada hacer nuevos dogmas?

—Nadie probará que, ni ahora ni nunca, la Iglesia católica *haya hecho* ningún dogma.

Ella declara, define lo que *explícitamente* debe creerse; pero esas declaraciones y esas definiciones toman su fuerza y su apoyo de lo que la misma Iglesia, del uno al otro polo y al través de los siglos, había creído con fé "implícita siempre."

—¿Y cuándo, P. Ráulica, ni U. ni nadie probará haberse creído, en ningún tiempo ni de ningún modo, que la Virgen María fuese de su naturaleza, divina; igual en todo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; y que por lo mismo, no son tres las personas que hay en Dios, sino cuatro?

—Tiene U. razón, eso nadie lo ha creído; la Iglesia jamás lo ha enseñado, y solo un hereje puede hacerlo.

—¿Negará U., reverendo Padre, lo que publican los diarios de Inglaterra y de Francia?

—Si lo que dicen es falso, lo negaré.

—Es que hombres muy sábios de la Iglesia anglicana dicen, que todo ese movimiento de los católicos y ese entusiasmo de Roma se dirigen no mas que á establecer como dogma de fé la divinidad de la Virgen María y su igualdad con la Santísima Trinidad.

—Pasando por alto la contradicción que hay en el pensamiento que U. anuncia, le digo, y le autorizo, para que lo publique en mi nombre, que los que tal escriben ignoran completamente la doctrina católica, lo que el pueblo cristiano cree y lo que Dios, por medio de su augusto Vicario el Romano Pontífice, va á definir.

—He oído á U. algunas veces en este mismo salón, que cree que María, la madre de Jesus, fué Virgen antes del parto y después del parto; que esto lo veía U. muy natural y muy consecuente, porque la madre del Salvador del mundo no debía confundirse con ninguna de las demás mujeres.

—Pues bien, ¿quién no concibe que Dios, que creó á Adán inmaculado y formó á Eva sin mancha ni defecto alguno, podía hacer que la que había de ser madre del Verbo hecho hombre fuese preservada del pecado de origen, esto es, de la mancha original?

—Pará mí, replicó el protestante, eso es claro, es evidente.

—Pues bien, eso mismo es lo que la tradición constante de mas de diez y ocho siglos viene enseñando, y esto mismo y nada mas, es lo que, siguiendo los designios de Dios, la Iglesia romana va á declarar; de modo que todos los que pertenezcan á su comunión y no crean como dogma de fé que la Santísima Virgen fuese preservada, en virtud de los méritos de Jesus Cristo, de la mancha del pecado original en el instante de su ser natural, sean excomulgados.

—Pues, entónces nos engañan miserablemente los maestros y doctores que escriben en esos diarios protestantes?

—Sí, señor, y lo peor es el gran mal que hacen á la sociedad.

J. R. A.

Fiesta de la Inmaculada Concepción

EN LA CATEDRAL DE LIÓN.

La fiesta de la Inmaculada Concepción se ha celebrado siempre en la catedral de Lión de Francia con la mas augusta solemnidad. Puede decirse que, así como en toda la cristiandad no hay iglesia particular mas noble, mas ilustre y mas respetable que la de Lión, así no hay otra mas amante en promover la gloria y el culto de la Santísima Virgen.

Sus ritos, ceremonias y costumbres, que datan de la mas respetable antigüedad, publican bastantemente cual es su devocióu á la Virgen Maria.

Ninguna de sus fiestas deja de celebrarse con solemnidad. Se ven siempre quince ministros oficiando en el altar el dia de todas sus fiestas.

Jamás se pronuncia en el oficio el nombre de *María*, sin que se haga, en señal de respeto, una genuflexión ó inclinación de cabeza.

Todos los dias se cantan al fin de *Completas* una antífona y una oración particular á honra suya; y cinco veces al año todos los miembros de su ilustre Cabildo, con velas encendidas en las manos, van á cantar al pié de su altar himnos de alabanza y de acción de gracias á honra de la Santísima Virgen.

Lo que añaden en el *Gloria* durante la misa es una prueba no menos insigne de su devocióu: *Corde-ro de Dios, que quitas los pecados del mundo, dicen, recibe nuestra súplica para gloria de María: Por que tu, ó Jesucristo, eres el solo santo que santifica á María, el solo Señor que gobierna á María, el solo Altísimo que corona á María.*

J. Croisset.

María Inmaculada.

Previendo Dios del hombre la desgracia,
El remedio le aplica anticipado,
Dándole un Salvador, que del pecado
El imperio destruya y la falacia.

De su amor infinito la eficacia
La Virgen eligió, que al Ser Increado
Concibiese en su seno inmaculado;
Mas antes la previno con su gracia.

—“*Todos*, al criarla dijo el Uno y Trino,
Cancebidos serán en la malicia,
Menos tú; pues mi gracia te previno.

Tú serás mi santuario, mi delicia;
Tú la madre serás del Ser divino,
Que al hombre restituya la justicia.”

J. M. VALENZUELA.

Los soldados

DE MARIA INMACULADA.

EPISODIO HISTÓRICO.

Corría el año de 1585, y el Rey Felipe II de España sostenía en Flandes una cruenta y dispendiosa guerra, mas que política, religiosa, en defensa de la pureza de la fe católica.

Sirva para corroborar esta verdad, las diferentes veces que rechazó las proposiciones de sumisión de los flamencos á condición de establecer en aquellos

países la libertad de conciencia.

Mandaba en Flandes las armas españolas el gran Alejandro Farnesio, duque de Parma y sobrino de Felipe II, general que en su siglo no tuvo rival, aunque tantos grandes generales en el trascurso de aquel se encontraron.

Y como corría ya el mes de Diciembre y el frío fuese demasiado intenso, acompañado de torrenciales lluvias, Alejandro distribuyó sus tropas de la mejor manera que le fué posible, para que tomasen cuarteles de invierno.

Tocó al general Carlos de Mansfeld, hijo del veterano conde Pedro Ernesto, el mando de siete tercios extranjeros y cuatro de escogidos españoles.

Uno de los últimos, mandado por el Maestro de campo Juan de Aguila, acuarteló en Balduque, y los tres restantes pasaron á la isla de Bommel al mando del Maestro Francisco de Bobadilla.

El enemigo, que muy rara vez peleó lealmente, al ver la falsa posesión que los españoles ocupaban—por culpa de Mansfeld,—que dió la mejor colocación á los extranjeros,—rompió los diques é inundó los campos, convirtiendo en un formidable río toda la isla.

Comprendió pronto Bobadilla que los españoles corrían inminente peligro, é inmediatamente los hizo subir á las colinas y elevaciones del terreno, ocupó las casas del único pueblo que en la isla existía, y situó su artillería en posición de defenderse.

Poco después apareció á la vista de Bobadilla la armada enemiga al mando del conde Holak, general protestante, en 93 barcos de quillas chatas á propósito para hacer aquel género de navegación, como que era en aquella guerra muy usual el romper los diques é inundar los campos, y navegar por ellos.

La impensada y terrible avenida privó á los españoles de socorro de víveres que tan necesario les era, y que debían recibir de Balduque; y si el fuerte corazón les animaba, les aterraba la perspectiva del hambre asoladora.

Tan segura tuvo el conde Holak la victoria, que dió aviso á los pueblos comarcanos, á fin de que preparasen depósitos para los prisioneros, del mismo modo que si ya en su poder estuviesen.

En efecto, por medios humanos, la salvación de los españoles era imposible. Ni Juan del Aguila, ni Farnesio, ni Mansfeld podían socorrerlos, porque la carencia de barcos era absoluta.

En tan apremiante situación, mandó Holak á Bobadilla un parlamento con proposiciones de rendición. El intrépido español, empero, contestó bruscamente:

—“Los soldados españoles saben morir con valor, pero nunca aprenderán á capitular con herejes.

En tanto el hambre crecía, y este fatal enemigo ni da tregua ni perdona.

—Mañana serán míos,—dijo Holak con sarcástica risa,—y pagarán sus bravatas.

Pero en el mismo día,—era el 7 de Diciembre, vigilia de la Inmaculada Concepción,—comenzó el agua á crecer á consecuencia de las incesantes lluvias, y Bobadilla mandó elevar los parapetos.

Uno de los soldados, cabando para sacar tierra en un punto poco distante de la Iglesia, sintió que la azada había dado con un cuerpo duro: examinó lo que era, y descubrió una tabla, alta de tres cuartas por media vara de ancha, y sobre ella vió pintada, como si recién hecha estuviese, una hermosa imagen de Nuestra Señora de Concepción.

Llama á otros compañeros, la voz circula, llega hasta Bobadilla; este manda cesar los trabajos, reúne los tercios, y lleva en triunfo y procesionalmente al templo el sagrado hallazgo.

No se oye otro grito que el de victoria.

—¡Nos hemos salvado!—claman todos—¡La San-

tísima Patrona de España está con nosotros y por nosotros vencerá!

Y aquellos hombres ateridos, ya casi famélicos y destituidos de toda esperanza humana, abandonan todo pensamiento mundano para colocar su esperanza en el cielo.

Efecto natural pudo ser; pero es lo cierto, que durante la siguiente noche se levantó un viento intensamente frío, que congeló completamente las aguas.

Tan aceleradamente se formó el hielo, que Holak, temiendo que su poderosa armada quedase como incrustada en las cristalinas aguas, huyó á fuerza de remos hasta llegar al Mosa, y desapareció.

Cuando rayó la aurora, se encontraron los españoles libres de enemigos y vieron congelada el agua.

Fué, empero, muy notable que pocas horas después, como si el hielo hubiese ya cumplido el ministerio que le encomendara el Supremo Hacedor, un cálido el aire deshizo el hielo; Mansfeld, reunidos algunos barcones y ya próximo á la isla cuanto era posible, forzó la navegación y llevó á los milagrosamente salvados los necesarios socorros.

Sin tan peregrino prodigio, cinco mil españoles hubieran perecido en la isla de Bommel.

En tan memorable ocasión ofrecieron aquellos bizarros y veteranos tercios, instituir una hermandad, denominada “Cofradía de los soldados de María Inmaculada,” y cumplieron religiosamente, á fuer de agradecidos, su promesa.

Cuando regresaron á España, Francisco de Bobadilla fué elegido “Hermano mayor,” y entre él, y su saigento Alonso Vasquez, generalizaron la cofradía y la hicieron extensiva á todos los tercios.

De entonces data la piadosa costumbre de rezar diariamente el Rosario los soldados por compañías en los cuarteles, costumbre que duró hasta finalizar el primer tercio del presente siglo, y fué abolida por los que creen que la piedad religiosa y la civilización se repelen; como si existiese, ó pudiese existir, mas civilizadora ley que el Evangelio!

De hechos heroicos debidos á la fé religiosa está llena nuestra gloriosa historia.

Hablen por nosotros la Reconquista y casi en nuestros dias la magnífica epopeya que comenzó en Bailen y terminó en Vitoria.

¿Podrá dar iguales ni parecidos resultados el funesto indiferentismo, que es el verdadero cáncer de la moderna sociedad?

D. S. DE A.

La Inmaculada Concepción

Y LAS CORTES DE LOS REYES.

Puede decirse que la fiesta de la Inmaculada Concepción es la fiesta de todos los soberanos y de todas las grandes naciones del mundo.

Luis XIV, Rey de Francia, no contento con haber renovado, por una real declaración en 1650, la consagración solemne que su padre Luis XIII había hecho de su persona, de su familia y de su reino á la santísima Virgen, quiso señalar todavía mas en 1667 su piedad con la Inmaculada Concepción, solicitando del Papa Clemente XI una octava para su fiesta anual. Se ha notado por los historiadores, que desde entonces su reinado comenzó una era de prosperidades.

El Emperador Fernando III de Austria, hizo una consagración igual á la Santísima Virgen, bajo el título de su Inmaculada Concepción, de su persona y estados en 1647; y para hacer eterna la memoria de este ofrecimiento, mandó erigir en la plaza mayor de Viena una soberbia columna, adornada de emblemas

y de figuras, que son otros tantos signos de la victoria de María sobre el pecado.

Sobre esta columna esta grabada una magnífica inscripción latina, suscrita por el mismo Fernando Augusto, en la que se expresa la consagración de Austria á la Inmaculada Virgen, con las frases de la mas tierna piedad.

El Rey de Aragón y de Valencia, D. Juan I, hizo idéntica consagración de su persona, de su familia y de su reino á María Inmaculada por medio de un real decreto.

No puede leerse sin conmoción ese decreto, con que este ilustre Monarca mandó celebrar, ó mas bien restablecer, la fiesta de la Inmaculada Concepción en todos los dominios de su reino, recién conquistado á los moros en sangrientas guerras.

Es muy conocida la tierna piedad de la España á la Santísima Virgen y su celo por la Inmaculada Concepción.

Hace muchos siglos que esta fiesta es una de las mas solemnes en España; y en las Cortes de Madrid de 1760, María Santísima, bajo el título de la Inmaculada Concepción, se tomó por patrona de todos los dominios sujetos al Rey católico, á proposición del devotísimo Rey Carlos III, autorizándolo el Papa Clemente XIII.

¿Qué de extraño tiene esta devoción de las naciones católicas á la Inmaculada Madre de Dios, si los mismos mahometanos le rinden un tributo magnífico de piedad?

“Es fuera de duda, dice *El Africano*, que los árabes profesaron siempre gran veneración á la Santísima Virgen.

“Mahoma, encontrando entre los cristianos de su tiempo esta creencia en la Inmaculada Concepción, que se remonta al primitivo origen del cristianismo, la continuó en su Corán.

“Un testo del mismo Corán, citado por Barthelemy Saint-Hilare, declara terminantemente la tradicional creencia en la Concepción Inmaculada de María.

“Hé aquí el testo del Corán.—“*Los ángeles dirán á María:—Dios te ha escogido y TE HA HECHO EXENTA DE TODA MANCHA, entre todas las mujeres del universo.*”

Misa nueva el dia de Concepción.

El próximo dia de Concepción, á las nueve de la mañana, el señor Presbítero Doctor Don Santiago Vilanova, cantará su primera Misa en la santa iglesia Catedral.

El joven Dr. Vilanova, que desde su tierna niñez ha manifestado los signos mas claros de la verdadera vocación al sacerdocio, y que ha pasado su juventud en el retiro del Seminario para adquirir las virtudes y la ciencia indispensables en tan sublime estado, acaba de recibir en Guatemala, de manos del Ilustrísimo Señor Arzobispo, la ordenación sacerdotal.

Su tierna devoción á la Santísima Virgen le ha impulsado á escoger el dia de su Inmaculada Concepción y la fiesta de ese dogma augusto, para ofrecer el primer sacrificio con que debe comenzar su carrera apostólica. Con este acto solemne, él tributa á la Madre de Dios el homenaje de su amor filial, le ofrece el cúmulo de todos los esfuerzos hechos durante sus estudios, coloca bajo su protección la suerte de su santo ministerio, y busca en ella, como en su fuente mas amplia, las luces y las gracias, la fuerza y la virtud que sostienen al sacerdote en sus terribles luchas contra los enemigos de la Iglesia.

Sabemos que la apreciable familia Vilanova y sus numerosas amistades hacen muchos preparativos pa-

ra que la fiesta de ese dia tenga, no solo la solemnidad acostumbrada, sino además la que exige la inauguración del ministerio de un nuevo sacerdote.

Reciba el señor Presbítero Vilanova y su familia nuestra cordial enhorabuena, y los humildes votos que hacemos á la Santísima Virgen, para que, como estrella polar, guíe su marcha al travez de tantas tempestades á las playas de la santificación.

Otra misa nueva el dia de Concepción.

El señor Presbítero Dr. D. José María López Peña, que, lo mismo que el señor Vilanova, ha dedicado su vida entera á la práctica de las virtudes y al estudio de las ciencias, que la Iglesia proporciona en sus seminarios á los jóvenes que forma para el apostolado cristiano, cantará también su primera Misa el dia de Concepción en la iglesia parroquial de Opico.

Siendo el señor López hijo de esa población y teniendo allí su numerosa familia, no ha podido negarles la natural y muy justa satisfacción de presenciar el primer sacrificio con que comienza su ministerio sacerdotal.

La fé viva y la tierna piedad con que el señor Dr. López Peña se ha preparado desde hace muchos años para este acto solemne, deben sin duda producir en su alma los efectos extraordinarios de luz y de gracia, que la inmolación de la Víctima divina produce en los virtuosos ministros del Señor.

Deseamos que el señor Presbítero López se digne aceptar nuestra enhorabuena, y nuestros deseos de que su sacerdocio sea para gloria á Dios y para la salud espiritual de los fieles.

En la tarde del dia de Concepción

habrá una Entrada general, á beneficio de los trabajos de la Nueva Catedral.

La Corporación Municipal de esta Ciudad, interpretando fielmente los deseos del pueblo que representa, el cual ha manifestado con los actos mas elocuentes y conmovedores su entusiasmo por la construcción de su hermosa Catedral, acordó en una de sus últimas sesiones, promover una entrada general, con el fin de procurarle algunos fondos.

Con este objeto, ha hecho circular anticipadamente y con profusión, el siguiente convite:

SEÑOR:

A nombre de la Corporación Municipal, me hago el honor de invitar á U., suplicándole su asistencia á la Entrada que tendrá lugar el 8 del mes entrante, á beneficio de la Nueva Catedral.

Siendo este un monumento que el religioso pueblo salvadoreño consagra al culto público de Dios, no dudo será de su agrado contribuir una vez mas con su óbolo á la construcción de obra tan importante.

Anticipando á U. las gracias por su deferencia, me suscribo su muy respetuoso y atento servidor.

Federico Prado.

San Salvador, Noviembre 25 de 1886.

Punto de reunión,

El Palacio Municipal, á las 4 de la tarde en punto.

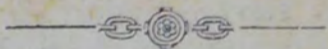
No se ha limitado solamente á esto la Honorable Municipalidad: sabemos que, con la mayor solicitud,

ha enviado invitaciones especiales á varios alcaldes y municipalidades de las poblaciones inmediatas, y que ha hecho cuanto está de su parte para que el acto tenga todo el esplendor y buenos resultados correspondientes á su importancia.

Aunque el Señor Vicario Capitular se ha dirigido oficialmente á la Municipalidad de esta capital, dándole las mas expresivas gracias por su religiosa iniciativa en favor de la Iglesia, nos ha encargado manifestar públicamente en su nombre, el aprecio y gratitud de la Autoridad Eclesiástica, á que el actual Municipio se ha hecho acreedor por sus muchos y grandes servicios.

El mismo Señor Vicario invita además, por nuestro medio, á todos los fieles, á que asistan á dicha entrada y contribuyan con su limosna á una obra tan meritoria.

Nosotros, á nuestra vez, aunque sin carácter y mérito alguno, y solo exitados por nuestra fé y patriotismo, agradecemos con todo el corazón á la Honorable Municipalidad su interés por la Nueva Catedral, é invitamos á nuestros lectores que secunden su apreciable iniciativa en favor de la Iglesia.



En la fiesta

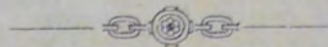
DE LA CONCEPCION PURISIMA DE MARIA.

Mal pudo, sierpe vil, envanecerte
De tu audacia falaz el resultado;
Pues si amargo fué para Adán aquel bocado,
Sabor ingrato á ti debió ofrecerte.

Que si un punto del hombre fué la suerte
Vivir con el Sumo Bien enemistado,
Y entre angustias y duelos anegado,
Caer al fin en los brazos de la muerte;

Del divinal amor surgió rielante,
Cual lumbré precursora de bonanza,
Angélica Mujer, ¡flor bendecida!
Cuyo fruto á tu ardor rindió pujante
Dando consuelo al triste y esperanza,
Y paz al corazón, y al alma vida.

José Malet y Manosas.



En la Concepción Inmaculada

DE NUESTRA SEÑORA.

ODA.

Abre, oh Señor, mi lábio: á mi descienda
Tu espíritu, y encienda
Mi alma en tu amor. Agradecido suene,
No indigno de tu aliento,
En himno humilde á tu bondad mi acento,
Y cruce el mar y los espacios llene.

Do quiera anuncie el regocijo puro,
De que el mortal seguro
Gozó por fin tras larga noche umbría;
Y la feliz aurora
Recuerde, en que tu mano bienhechora,
Amparo de Israel, hizo á María.
¡Oh dulce instante, y memorable y santo!
Calmó del Orbe el llanto
Y el hondo afán, de su natal la nueva;
De tu amor infinito
Diste, al formar su corazón bendito,
Al linaje de Adán exélsa prueba.

¡Ah! de la noche el estrellado velo,
El siempre rico suelo,
El sol brillante en la mitad del día,
Menos el pecho inflaman,
Menos la fuerza de ese amor proclaman,
Que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por Tí, de gracia llena,
La bárbara cadena
Un punto no arrastró del enemigo:
Tú alzaste el brazo airado,
Y no llegó ni sombra de pecado
Al blando seno que iba á darte abrigo.

Te debías á Tí tan alta gloria:
Por tu insigne victoria,
Necesaria, Señor, á tu grandeza;
Pudo modesta y pía
Sola á tus ojos ofrecer María
No indigna de la tuya su pureza.

El grande privilegio verdadero
Confiese el orbe entero:
Y en ningún corazón la duda habite.
¿Quién, Padre Soberano,
Contó las maravillas de tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?
¿Retroceder no hiciste la corriente
Del Jordán á su fuente?
¿Al pueblo de Israel no dió camino
Seco el mar á tu acento?
¿Y en la piedra de Oreb no halló el sediento
Fresco raudal, y puro y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,
No cantan las naciones
En esa joya de inmortal valía,
Inclinada la frente,
Un prodigio, Señor mas excelente?
¿No es Madre y Virgen la feliz María?

¡Ah! que por siempre en soledad se vea,
Que negado le sea
El sol, y gima sin hallar consuelo,
El pecho descreído,
Que tu gracia no admire agradecido,
En la Reina hermosísima del cielo.

Yo te adoro, Señor: ferviente el lábio
Te aclama bueno y sábio.
Al levantar tu mano sacrosanta
A esa Doncella pura,
También, Señor, á singular altura
A la mujer de que nací, levanta.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDÓN.
(Mejicano).

Redactor y Editor responsable.

José Antonio Aguilar.

San Salvador.—Imprenta de El Cometa, plaza de San José N. 28.

Diciembre 5 de 1886.